

JUEGO MORTAL

DAVID MORRELL



«Una tensa red de terror creada por un experto».
STEVE BERRY, autor de "Los Caballeros de Salomón"

OCEANO

1178487

DAVID MORRELL
JUEGO MORTAL

AGRADECIMIENTOS

Los autores no trabajan de forma aislada. *Scavenger* no podría haber sido escrito sin el apoyo de muchas personas. Quiero dar las gracias a las siguientes personas:

Jane Dystel, Miriam Goderich, Michael Bourret, y los buenos amigos de Dystel Goderich Literary Management.

Roger Cooper, Chris Nakamura, Peter Costanzo, y el resto del equipo de Vanguard Press y de Perseus Books Group

Nanci Kalanta de horrorworld.org. Eric Gray y Mike Volpe de Jet Aviation, Teterboro Airport.

Sarie Morrell. El apellido es igual al mío por un motivo, es mi hija. Pero también es mi amiga y una de las publicistas más ingeniosas que conozco.

Tenía yo monumentos de bronce, de lapislázuli, de alabastro... y de piedra caliza blanca... e inscripciones de arcilla cocida... Lo deposité en los fundamentos y lo dejé para tiempos futuros.

**- ESARHADDON, rey de Asiría
siglo VII a.C.**

El otro día alguien me pidió que escribiera una carta para depositar en una cápsula del tiempo que se abrirá en Los Ángeles dentro de cien años... Parecía una misión sencilla. Me sugirieron que escribiera algo sobre los problemas y temas de la actualidad, y me dispuse a hacerlo mientras reco-

ría la costa en mi coche; mirando el azul del Pacífico a un lado y las montañas de Santa Inés al otro, no pude evitar preguntarme si dentro de cien años el paisaje sería igual de hermoso que en ese día de verano. Y entonces intenté escribir... Prepara tu mente para encarar la tarea, me dije. Vas a escribir a personas que lo leerán dentro de cien años, personas que sabrán todo acerca de nosotros. Y nosotros no sabemos nada sobre ellos. No sabemos en qué clase de mundo estarán viviendo.

- **RONALD REAGAN** extraído de un discurso en la Convención Nacional Republicana de 1976 después de perder el nombramiento presidencial de su partido político.

NIVEL UNO LA CRIPTA DE LA CIVILIZACIÓN

1

Él ya no la llamaba por el nombre de su esposa fallecida, aunque el parecido era tan grande que le hacía doler el corazón. A veces, cuando al despertar la encontraba sentada junto a su cama de hospital, creía estar alucinando.

- ¿Como me llamo? -le preguntó ella.

- Amanda -le respondió él con cautela.

- Excelente -dijo un médico. Ese hombre tan atento nunca había mencionado su especialidad, pero Balenger asumió que era psiquiatra-. Creo que está listo para que lo dejemos ir.

2

El taxi entró en el distrito Park Slope de Brooklyn. Tratando de no mirar fijamente la larga cabellera rubia de Amanda y esos tiernos ojos azules que le recordaban tanto a Diane, Balenger se obligó a mirar por la ventanilla. Vio un enorme arco de piedra con una estatua en la cima: una mujer alada con una túnica vaporosa.

- Grand Army Plaza -explicó Amanda-. Ya que te gusta la historia, sabrás apreciar que este arco conmemora el final de la guerra civil.

Hasta su voz le recordaba a Diane.

- Todos esos árboles de allí son Prospect Park -continuó ella.

Pasaron por una calle angosta y el taxi se detuvo en medio de una hilera de típicos edificios urbanos neoyorquinos de cuatro pisos. Mientras Amanda pagaba el viaje, Balenger reunió fuerzas para bajarse. Sintió el frío azote de un tardío viento de Octubre. Le dolían las piernas y las costillas, al igual que los arañazos de las manos.

- Mi apartamento queda en el tercer piso -señaló Amanda-. Es el que tiene la baranda de piedra.

- Creí que habías dicho que trabajabas en una librería de Manhattan. Éste es un barrio selecto. ¿Cómo puedes pagarlo...? -La respuesta se le ocurrió rápidamente-. Te ayuda tu padre.

- Él jamás perdió las esperanzas, jamás dejó de pagar la renta durante todos estos meses que estuve ausente.

Mientras Balenger subía los ocho escalones, que parecían ochenta, se le aflojaron las rodillas. Aunque la puerta de madera estaba recién pintada de marrón, daba la impresión de que era vieja. Amanda metió la llave en la cerradura.

- Espera -dijo Balenger.

- ¿Necesitas recuperar el aliento?

De hecho así era, pero ése no era el motivo por el cual se detuvo.

- ¿Estás segura de que es una buena idea?

- ¿Tienes algún otro sitio adonde ir, o hay alguien que pueda cuidar de ti?

La respuesta a ambas preguntas era «no». Durante el transcurso del año anterior, mientras Balenger buscaba a su esposa extraviada, había vivido en cuartos de hoteles baratos y sólo podía costearse una comida al día, generalmente bocadillos de restaurantes de comida rápida. Sus ahorros se habían agotado. No tenía a nadie ni nada.

- Apenas me conoces -le dijo.

- Arriesgaste la vida por mí -respondió Amanda -. De no ser por ti, yo estaría muerta. ¿Qué más necesito saber?

Ninguno comentó que en ese momento Balenger creía que la mujer a quien había salvado era su esposa.

- Lo intentaremos unos días. -Amanda abrió la puerta con llave.

3

El apartamento tenía una habitación, una sala y una cocina. Los techos eran altos con molduras alrededor y los pisos de madera. Aunque todo parecía nuevo y bien mantenido, Balenger volvió a experimentar esa sensación de lo antiguo.

- Mientras estuvimos en el hospital, mi padre aprovisionó la nevera y las alacenas -comentó Amanda-. ¿Quieres comer algo?

Balenger se hundió en el sofá de cuero. Antes de que pudiera responder el cansancio se apoderó de él.

Cuando despertó, fuera estaba oscuro. Tenía una manta encima. Amanda lo ayudó a ir hasta el baño y a regresar al sofá.

- Calentaré un poco de sopa -le dijo.

Más tarde, ella le cambió las vendas y apósitos.

- Mientras dormías, salí y te compré un pijama. -Le ayudó a ponérselo por la cabeza, frunciendo el ceño al verle las heridas.

4

Una pesadilla lo despertó de un salto, recuerdos de disparos y gritos. Con ojos aterrados vio llegar a Amanda corriendo desde la habitación.

- Aquí estoy -le tranquilizó.

Bajo la pálida luz de una lámpara que había en un rincón, se parecía aún más a Diane, haciendo que él se preguntara si increíblemente el espíritu de Diane se habría fusionado con el de Amanda. Ella le sostuvo la mano hasta que el corazón le dejó de latir aceleradamente.

- Aquí estoy -repitió. Él volvió a caer en un sueño atormentado.

Un grito que venía del dormitorio lo despertó de un salto. Haciendo una mueca de dolor, reunió fuerzas para levantarse y se dirigió hasta la puerta con dificultad, donde vio a Amanda agitarse debajo de las mantas debatiéndose con sus propias pesadillas. Él le acarició los cabellos, tratando de transmitirle que se encontraba a salvo de la oscuridad, la violencia y el terror, a salvo del Hotel Paragon. *Clang*. En el fondo de su memoria agobiada, una chapa golpeaba ruidosamente contra un edificio abandonado, *clang*, como un rítmico y lúgubre tañido del destino funesto.

Él se durmió a su lado, los dos se abrazaron. Lo mismo ocurrió la noche siguiente. Y la siguiente. Siempre dejaban una luz encendida. Dejaban la puerta del dormitorio abier-

ta. Las habitaciones cerradas los ponían nerviosos. Dos semanas más tarde eran amantes.

5

Él hacía caminatas cada vez más largas. Una tarde gris de diciembre, cuando regresaba de los monumentos cubiertos de nieve de la Grand Army Plaza, dos hombres bajaron de un coche frente al edificio. Vestían abrigos oscuros. Tenían expresión de preocupación. Su aliento formaba una nube blanca por el aire helado.

- ¿Frank Balenger? -preguntó el más alto.

- ¿Quién lo pregunta?

Sacaron las identificaciones: DEPARTAMENTO DEL TESORO DE LOS ESTADOS UNIDOS.

- Firme esto. -Cuando llegaron al apartamento, el agente más robusto le entregó a Balenger un bolígrafo y un documento.

- Primero debería leerlo.

- Dice que usted renuncia a reclamar toda evidencia entregada a la policía de Asbury Park.

- La moneda de veinte dólares -agregó el agente más alto.

Ahora Balenger lo entendía. Y le disgustaban aún más.

- La ley de reserva de oro de 1933 dice que es ilegal utilizar monedas de oro como moneda corriente -agregó el agente más robusto-. Aunque sí permite que los ciudadanos las posean como objetos de colección. Pero no se puede poseer algo robado.

- Yo no la robé. -Balenger sintió que el calor le subía por el rostro-. El dueño original falleció en 1939. Las monedas

estaban escondidas en el Hotel Paragon. Durante todos estos años, *nadie* fue dueño de esa moneda hasta que yo la metí en mi bolsillo.

- La única moneda que sobrevivió al incendio. ¿La examinó detenidamente?

Balenger se esforzó por mantener el tono de voz tranquilo.

- Yo estaba un poquito preocupado tratando de mantenerme con vida.

- Es de 1933. Antes de que el gobierno hiciera ilegal el uso del oro como moneda corriente, la casa de la moneda fabricó la de veinte dólares para ese año. Había que destruir todas las monedas. -El agente más alto hizo una pausa-. Pero algunas fueron robadas.

- Incluyendo la que usted se guardó en el bolsillo -agregó el otro agente.

- Lo cual significa que es propiedad del gobierno de los Estados Unidos. Son tan exóticas que la última vez que tuvimos una en nuestras manos fue subastada en Sotheby's.

El primer agente añadió:

- Por casi ocho millones de dólares.

El número tenía tanto peso que Balenger no se animó a emitir palabra.

- Debido a tecnicismos legales, le dimos una parte del dinero a la persona por medio de la cual la obtuvimos -continuó el agente-. Estamos dispuestos a ofrecerle un trato similar. Lo llamaremos una retribución para el que la encontró. Sin lugar a dudas, algo lo bastante generoso como para obtener gran publicidad y alentar a que los coleccionistas entreguen similares monedas adquiridas ilegalmente.

Balenger trató de sonar despreocupado.

- ¿De qué clase de retribución estamos hablando?

- ¿Suponiendo que la moneda se venda al mismo valor que la anterior? Se quedaría con dos millones de dólares.

Balenger tuvo que recordarse respirar.

6

Un glorioso sábado de mayo. Sudando después de una larga carrera por el Prospect Park, Balenger y Amanda abrieron con llave la puerta principal del edificio y revisaron la correspondencia que el cartero había deslizado por la rendija.

- ¿Algo interesante? -preguntó Amanda mientras subían las escaleras.

- Más asesores financieros ansiosos por sugerirme qué hacer con el dinero que cobramos de la moneda. Más peticiones para beneficencia. Facturas.

- Al menos ahora podemos pagarlas.

- Qué extraño -dijo Balenger.

- ¿Qué sucede?

- Mira esto.

Fuera del apartamento Balenger le entregó un sobre. Su aspecto viejo y frágil la hizo fruncir el ceño. Se lo llevó a las fosas nasales.

- Huele a moho.

- Es obvio. Mira el sello.

- ¿Dos centavos? -Es imposible.

- Ahora mira el sello con más detalle.

Estaba descolorido por el tiempo pero legible.

- ¿31 de Diciembre?

- Sigue leyendo.

- ¿Mil ochocientos noventa y nueve? Qué diablos... -

Amanda agitó la cabeza-. ¿Se trata de alguna broma?

- Tal vez sea un truco de publicidad -dijo Balenger.

Después de entrar al apartamento, Amanda rasgó el sobre y sacó una hoja.

- Parece tan frágil como el sobre. Y huele igual de mohoso.

El mensaje estaba manuscrito con trazo grueso. Igual que el matasellos, la tinta estaba descolorida por el tiempo.

Sr. Frank Balenger Estimado señor:

Disculpe la intromisión. Conociendo su fascinación por el pasado, me tomé la libertad de usar un antiguo matasello para captar su atención. Lo invito a Ud. y ala señora Evert a reunirse conmigo y un grupo de invitados el primer sábado de junio a la una en punto en el Club de Historia de Manhattan (dirección abajo). Después del refrigerio, daré una charla sobre mensajes para el futuro que abrimos en el presente para entender el pasado. Por supuesto me refiero a esos fascinantes objetos de futuro y pasado conocidos como las cápsulas de tiempo.

Le saluda atentamente, Adrián Murdock

- ¿Cápsulas del tiempo? -Amanda parecía desconcertada-. ¿Qué diablos...?

- ¿El primer sábado de junio? -Balenger se inclinó hacia la cocina y echó una mirada al calendario-. Eso es el próximo fin de semana. ¿En el Club de Historia de Manhattan?

- Tienes razón. Tiene que tratarse de un truco de publicidad -dijo Amanda examinando el papel-. Es lógico que parezca antiguo viniendo del club de historia. Probablemente estén buscando nuevos socios. ¿Pero cómo consiguieron nuestros nombres y nuestra dirección?

- El otoño pasado, cuando todo sucedió, los periódicos indicaron que vivías en Park Slope -dijo Balenger.

- El club esperó mucho tiempo para contactar con nosotros.

Balenger pensó en eso.

- El mes pasado cuando se subastó la moneda hubo más publicidad. Los medios sacaron a la luz lo que sucedió en el Hotel Paragon. Mencionaron mi fascinación por la historia. Tal vez este sujeto cree poder persuadirme para que haga una donación para su club.

- Claro. Igual que esos asesores financieros ansiosos por obtener una comisión de ti -dedujo Amanda.

- Cápsulas del tiempo -el tono de voz de Balenger sonaba pensativo.

- Suenas como si realmente estuvieras tentado de ir.

- Cuando era niño... -Hizo una pausa transportado por el recuerdo-. Mi padre enseñaba historia en la escuela secundaria de Búfalo. Allí donde trabajaba estaban demoliendo un aula para construir una nueva. Corría un rumor sobre una cápsula del tiempo, se decía que hacía años un curso que se graduaba había colocado una en los cimientos cuando el edificio era nuevo. Después de la demolición, cuando los obreros se retiraban a sus casas cada día, un par de niños y yo solíamos buscar la cápsula entre los escombros. Por supuesto, no teníamos idea de qué aspecto tendría algo así. Me llevó una semana, pero gracias a Dios finalmente detecté un enorme bloque de piedra en un rincón del edificio. El bloque tenía una placa que decía: PROMOCIÓN 1942. SIEMPRE SERÁ RECORDADA EN EL UMBRAL DEL FUTURO. Lo que sucedió fue que con el transcurso de los años, la mugre cubrió la placa. La maleza creció encima y la gente la olvidó.

Amanda le hizo un gesto para que continuara.

- En fin... el bloque tenía un orificio -explicó Balenger-. Y alcancé a ver una caja metálica en el interior. Cuando fui corriendo a casa a contárselo a mi padre, él primero se enfadó por haber estado jugando en una zona de demolición donde habría podido hacerme daño. Pero al enterarse de lo que había encontrado, me pidió que lo llevara hasta allí. A la mañana siguiente, le pidió a los obreros que abrieran el bloque: «Por lo que más quieran, no dañen lo que hay en